

Adornando el cuello de Europa

FERNANDO CHUECA GOITIA*

El Camino de Santiago es ante todo una vía de peregrinación y como tal, la expresión de un sentimiento religioso. En la Edad Media es cuando especialmente se desarrolla esta afirmación religiosa, este fortalecimiento de la fe por medio de peregrinaciones a lugares que conservan reliquias de episodios trascendentes de esta fe y de sus protagonistas.

Nada puede superar a los Santos Lugares, donde se desarrolló la Vida de Cristo, y de ahí surge el movimiento de las Cruzadas como intento de recuperar estos lugares que testimoniaron la vida de Cristo. Roma con el recuerdo de sus mártires y el sacrificio del príncipe de los Apóstoles, San Pedro, es otro lugar de incesante peregrinación.

Pero el Camino de Santiago para adorar la tumba del apóstol Santiago el Mayor, hijo de Zebedeo, que predicó en España, encontró en ella su sepulcro y despertó un fervoso culto en todo el occidente cristiano, tiene características muy singulares. En primer lugar por su recorrido, que puede iniciarse en el propio París, y en la Rue de St. Jaques, luego por los trascendentales monumentos, especialmente

* Arquitecto. Académico de Bellas Artes.

románicos y góticos, que son hitos fundamentales en la Historia de la Arquitectura Occidental y fundamentalmente por el influjo, que a través de esta Ruta de Peregrinación, ejerció la orden de Cluny en la constitución de una religiosidad renovadora que aglutinará a todo el occidente hasta el despertar del Renacimiento.

Cuando voy a París siempre que puedo me acerco a la Tour Saint Jacques, magnífico campanario de un gótico flamígero de la iglesia de St. Jacques la Boucherie, demolida por el Directorio, que sólo dejó en pie su torre. Luego, me acerco a la Rue St. Jacques, un tiempo populosa arteria medieval y hoy calle descaída pero interesante y cuyo nombre evoca que por ella salían los peregrinos, Camino de la ruta del Apóstol.

Son recuerdos que todavía persisten en el París de hoy, de aquel famoso “*camino francés*” que después de recorrer leguas y leguas por Francia y por España terminaba en el Finisterre donde se encontraba la tumba del hijo de Zebedeo, Santiago el Mayor.

Por Francia los caminos eran dispersos, y como las ramas de un árbol tentacular se iban uniendo en un tronco poderoso, que con dos grandes ramas pasados los Pirineos acababa por tener una sola a partir de la localidad de Puente La Reina en Navarra.

En Francia sus caminos nos dejaron, como presas insuperables, las grandes iglesias llamadas de Peregrinación, gloria del mejor arte románico y que, por fortuna subsisten y son éstas: San Remigio de Reims, San Martín de Tours, San Marcial de Limoges y San Saturnino de Tolosa. Las localidades donde se asientan indican las ciudades de donde partían los peregrinos, o por donde pasaban o hacían larga y devota estancia.

Estas iglesias obedecen a un plan muy similar. Tienen tres o cinco naves, amplísimo crucero de tres naves y deambulatorio circular con capillas separadas y bien diferenciadas. Son todas ellas primas hermanas y debieron intervenir en ellas maestros o equipos de constructores relacionados entre sí, puesto que el patrón es único y repetido. Cierra el ciclo de este maravilloso conjunto la Iglesia de Santiago de Compostela, donde culmina la serie del tipo, o , como ahora se dice, esta tipología.

En España la gran Iglesia de Peregrinación es la de Santiago y aunque existen otras nobilísimas iglesias en el transcurso del Camino, ninguna alcanza la grandeza y esplendor de las cinco iglesias de Peregrinación.

Como hemos dicho, el Camino entra en España por dos puertas del Pirineo Navarro y Aragonés. La primera por Roncesvalles y la segunda por Somport. Por la primera desde Saint-Jean Pied-de-Port, se llega a Roncesvalles, ya en España. En Roncesvalles, famoso por la “*Chanson de Roland*”, una colegiata nos sorprende por su belleza de un sencillo pero muy puro estilo gótico del siglo XIII. Se pasa por Pamplona para llegar a Puente La Reina, donde convergen las dos ramas iniciales del Camino español.

Entrando por Somport (Huesca) la localidad de mayor peso histórico y artístico es Jaca. La ciudad de Indibil y Mandonio, ganada luego a los musulmanes por Sancho el Mayor, es cuna del románico español y la Catedral de San Pedro el testimonio claro de su ascendencia. Para Don Manuel Gómez-Moreno, esta Catedral, paradigma del románico español, es el punto de arranque de toda una trayectoria que no sólo deja sentir su huella a lo largo de todo el Camino de Santiago, sino también en otros muchos templos

románicos del resto de la España septentrional. Se llegó a definir una cierta arquitectura con la etiqueta de románico jaqués.

En esta misma senda aragonesa, destaca también la iglesia de Santa María, en Santa Cruz de los Seros, resto de un antiguo e importantísimo monasterio de Monjas (Soras), nombre que ha podido dar lugar al topónimo Santa Cruz de la Seros. Muy cerca, la iglesia de San Caprasio es curioso y lindo ejemplo de un románico provenzal. Esta parte del Camino, en su tramo aragonés, es la que mejor conozco, pues siendo arquitecto conservador de Aragón, me ocupé de Jaca, de San Juan de la Peña, de Santa Cruz de los Seros y de San Caprasio.

Pero no descendamos a detalles personales y sigamos a grandes zancadas por el Camino. Después de Sanguesa, lo más interesante es la Iglesia de Santa María de Eunate. Es iglesia de Templarios, tiene planta octogonal, imitación del Santo Sepulcro y abside pentagonal en unos lados. Está rodeada de una arquería que es una incógnita, pues no enlaza con la construcción principal. Otra construcción octogonal navarra es la iglesia del Santo Sepulcro de Torres del Río.

Y ya estamos en Puente La Reina, donde convergen el Camino Navarro y el Aragonés. Desde aquí el Camino es único y recorre las provincias de Logroño, Burgos, Palencia, León, Lugo y La Coruña. Es curioso que este Camino no transita por las zonas costeras del Cantábrico, sino por zonas castellanas, mucho menos montañosas y ariscas, menos selváticas y comprometidas, donde habitaban pueblos semisalvajes capaces de asaltar a los peregrinos indefensos. En Logroño, Navarrete y Najera, estuve empeñado en obras de restauración en otros tiempos, pero a partir de ahí mi conocimiento con el Camino disminuye y sólo soy un viajero en lugar de un Peregrino.

No olvidemos que en la ruta jacobea están dos de nuestras más excelentes catedrales góticas, Burgos y León.

Mi obra predilecta es San Martín de Fromista, en la provincia de Palencia, otra joya del Camino. Fromista es algo así como el modelo más puro del románico del siglo XI. En gran parte de ascendencia jaquesa, pero con avances que indican ciertas novedades como la sobresaliente cúpula del crucero. En suma un modelo perfecto.

Siguen notables monumentos en Villalcázar de Sirga, en Carrión de los Condes, en Sahagún, ya entrando en la provincia de León, donde en la Basílica de San Isidro, el románico vuelve a aparecer. Pero el monumento más emblemático de León es el Hospital de Peregrinos de San Marcos, cuyo noble fachada del siglo XVI deleita nuestros ojos. Pasamos por Astorga y vamos acercándonos a la provincia de Lugo, a Palas de Rei y desde allí llegaremos a la provincia de La Coruña y a Santiago. Nuestro viaje ha terminado.

El Apóstol Santiago, nos recibe sentado en su parteluz de piedra como lo concibiera el Maestro Mateo. Santiago de Compostela es el final de nuestra trayectoria, un camino sideral que por un campo de estrellas nos ha conducido a la lejana tumba del hijo de Zebedeo.

Volvamos la vista atrás para encontrar los orígenes de nuestro camino. Tras Sancho el Mayor y Fernando I, Alfonso VI fue el rey más afrancesado de nuestra Edad Media. De Francia vinieron cuatro de sus

cinco mujeres. Otra fue Zaida, princesa mora, que le dio su único hijo varón, Sancho, muerto en la batalla de Uclés.

Los monjes de Cluny fueron los que llamaron a rebato en Europa para la cruzada contra el Islam, logrando varias expediciones de caballeros franceses, y los que hicieron de la peregrinación jacobea la vía internacional de la nueva conciencia cristiana. El celo desplegado en la organización y fomento de esta peregrinación fue posible gracias a la fuerza activa y militante de la religiosidad francesa, que, de rechazo, tanto poder e influencia atrajo sobre la orden benedictina. No descuidaron nada los monjes como agentes de aquel gigantesco viaje, ni la construcción de caminos, puentes, mansiones y hospitales, ni la de templos y relicarios que durante largo transcurso avivaran la fe de los peregrinos. Hasta redactaron un itinerario con indicaciones preciosas, que pueden considerarse la primera guía turística de la historia. Es el llamado Códice Calixtino, del nombre del Papa Calixto II, hermano de Raimundo de Borgoña, yerno a su vez de Alfonso VI y uno de los más entusiastas propulsores de la peregrinación.

Se comprenderá, por tanto, que no es necesario destacar la importancia que el llamado “camino francés” tiene para la historia de nuestra arquitectura románica, cuyos más antiguos y notables monumentos son otras tantas estaciones en el Camino de Santiago. Que este “Camino” enlaza y vincula culturalmente lo que los Pirineos separan, es uno de los hechos con que hay que contar si queremos conocer la realidad de nuestra Edad Media. Que el llamado estilo de peregrinación forma un todo aquende y allende el Pirineo es cosa que no admite discusión y que cuadra bien con el acusado internacionalismo medieval.

De estas iglesias de peregrinación, ninguna de tanto linaje como la de Santiago de Compostela, imán adonde todas las demás están dirigidas y que, por consiguiente, tenía que corresponder en lo artístico a su jerarquía religiosa como depositaria de los restos mortales del mayor de Zebedeo.

La riqueza de monumentos que esmalta el Camino de Santiago, tanto en Francia como en España, y que constituyen las perlas de un collar adornando el cuello de Europa, ha sido objeto estos últimos años de atención, estudio, renovación y cuidadosa restauración por lo que los españoles podemos sentirnos orgullosos de tan rica herencia.